

Actos afiliativos, postmemoria y justicia, o ¿qué pintamos los críticos literarios en los estudios de la memoria? Reflexiones sobre el caso español

SEBASTIAAN FABER

¿Qué pintamos los críticos literarios en los estudios de la memoria? Si la pregunta resulta provocadora es porque presupone cierto escepticismo al respecto: y, en efecto, en los últimos años me he venido preguntando con cada vez más aprensión cuál puede ser nuestra contribución real, relevante, al conjunto interdisciplinario e internacional de intentos por comprender y explicar los modos en que las sociedades humanas se relacionan con su pasado —sobre todo si ese pasado tiene un carácter violento y su memoria, traumático—. Lo que sigue es una explicación de esta duda y un intento por convertirla en una reflexión que pueda resultar productiva para nuestro campo. Y aunque el enfoque de este ensayo es bastante más estrecho de lo que mi pregunta inicial aparenta, me parece que los desafíos que definen nuestra labor de humanistas interesados en temas sociales y políticos son en realidad más generales.

Antes de entrar en materia, mi uso de la primera persona del plural exige una concretización. Cuando digo “nosotros” me refiero, en primera instancia, a la comunidad imaginada de los humanistas que nos dedicamos a la investigación y enseñanza universitarias de la producción cultural —histórica y contemporánea— realizada dentro de las fronteras del Estado español, o por individuos nacidos en ese territorio: novelas, cuentos, teatro; películas y cómics; discursos intelectuales, políticos y periodísticos. Hasta hace diez o quince años se nos llamaría simplemente “hispanistas”, rótulo que ha dejado de servir, por varios buenos motivos (Resina 2005; Faber 2008; Moraña 2005). Puestos a escrudiñar etiquetas, llamarnos “críticos literarios” tampoco es muy exacto. La plena institucionalización de los estudios culturales ha significado que el campo ya no se defina primordialmente por el análisis de textos literarios: desde hace años se ha venido ensanchando la gama de posibles objetos de análisis, que a estas alturas incluye todo tipo de productos o prácticas culturales. Y sin

embargo, a pesar de este ensanche, para muchos el texto literario sigue ocupando una presencia central en la práctica diaria de la investigación y la enseñanza. Son varios los factores en juego aquí: resultan importantes, sin duda, los gustos e inclinaciones personales; muchos entramos al campo por aficiones de lectura; muchos, incluso los que no pertenecemos ya a las escuelas filológicas, fuimos entrenados en primer lugar en el análisis de textos. Pero también son significativas las presiones y expectativas institucionales. A fin de cuentas, los que trabajamos fuera de España también nos solemos dedicar a la enseñanza del idioma castellano, que a su vez suele desembocar, a partir del nivel intermedio, en la lectura de textos literarios. Los que trabajan con estudiantes de maestría y doctorado tienen, además, la obligación de preparar a sus discípulos para exámenes de calificación todavía basados, en gran parte, en selecciones más o menos canónicas de la historia literaria de la Península Ibérica. De ahí, entonces, la persistencia *práctica* de lo literario a pesar de su pérdida de centralidad *teórica*.

Definido el “nosotros”, cabe volver a la pregunta inicial: ¿cuál puede ser nuestra contribución a los estudios de la memoria? Es indudable el auge considerable de la memoria como tema y enfoque en nuestra producción académica colectiva. Como señalé en otro lugar, la bibliografía de la *Modern Language Association* en Estados Unidos —que cubre, en primer lugar, los estudios literarios y culturales— recoge más de 120 entradas sobre la memoria en España publicadas desde el año 2000 (Faber 2014, 138). Una búsqueda en la base de datos de tesis doctorales producidas en Estados Unidos —humanidades, ciencias sociales y ciencias naturales— que combina las palabras clave *memoria* y *España* revela más de 700 títulos desde el año 1999; de éstos, un buen número ya se han convertido en la consabida monografía que en muchas instituciones resulta indispensable para conseguir el contrato permanente. No es difícil de explicar esta oleada de interés en asuntos de la memoria: responde a acontecimientos y tendencias en España desde el cambio de milenio, así como a lo que algunos llaman el creciente “presentismo” de nuestro campo (Resina 2013, 267): la predominancia cada vez más pronunciada, en la investigación y la enseñanza, de épocas recientes y actuales (a expensas de, por ejemplo, los estudios medievales o del Siglo de Oro) —tendencia que, a su vez, responde en parte a demandas estudiantiles—.

Para los que trabajamos en los estudios ibéricos desde instituciones no españolas, el tema de la memoria presenta una clara serie de ventajas adicionales. Como miembros de un campo tradicionalmente aislado de las corrientes he-

gemónicas en las humanidades —y perdida, desde hace varias décadas, la hegemonía de lo peninsular en los estudios humanísticos del mundo hispanohablante (Faber 2008)— el tema de la memoria nos ha permitido dotarnos de una nueva patina de relevancia y con excelentes posibilidades para establecer conexiones transversales con los estudios latinoamericanos, los estudios europeos y los estudios del trauma (practicados, generalmente, en los departamentos de Inglés o de Historia). Finalmente, el carácter políticamente controvertido del tema de la memoria de la Guerra Civil y del franquismo, y la existencia de amplias movilizaciones ciudadanas en torno al mismo, nos ha permitido concebir nuestro trabajo en función de un compromiso sociopolítico concreto y mantener la ilusión de que estamos participando, aunque sea de modo indirecto, en una lucha digna e importante.

Las contribuciones recientes a los estudios de la memoria españoles han sido muchas y valiosas: desde la antropología cultural (Ferrándiz 2013 y 2014; Rubin 2014) y la arqueología (Renshaw 2011), a las ciencias políticas (Golob 2008; Aguilar 2002; Encarnación 2014), la historia (Graham 2012) y la filosofía (Mate 2008 y 2010). En los campos humanísticos que se ocupan de la producción cultural, sin embargo, el enfoque sobre la memoria se ha topado con una serie de desafíos que no siempre se han reconocido debidamente, y que, a mi juicio, aún no hemos podido resolver de forma satisfactoria. En un ensayo reciente identifiqué tres retos específicos (Faber 2014) que vale la pena repasar brevemente aquí. Primero, argüía que en muchos de los trabajos humanísticos sobre la memoria histórica que se basan en análisis de productos culturales como novelas o películas, se presupone una relación demasiado directa y sencilla entre esos productos culturales y la sociedad española en general. En la práctica, argumenté que en los trabajos que se acercan al tema de la memoria a través de la crítica literaria cabe distinguir dos razonamientos implícitos sobre la relación entre el texto literario y los fenómenos memorialísticos más amplios:

Primero, hay autores que asumen que el objeto analizado (una novela, por ejemplo), o los eventos que narra, son *representativos* o ilustrativos de ciertos fenómenos sociales, y por tanto pueden servir de muestra de tendencias más generales. Así, por ejemplo, una lectura de una novela sobre la hija de una comunista represaliada por el régimen franquista puede servirle al crítico para proponer una reflexión teórica sobre las formas de transmisión intergeneracional del trauma de la represión política. Segundo, hay los que parten de la posición inversa: que la novela en cuestión es digna de análisis precisamente en cuanto representa un *cambio* o una excepción: una visión nueva que, por tanto, contribuye a modificar o avanzar

los procesos sociales y políticos en torno a la memoria colectiva, o al menos nuestra comprensión de esos procesos. Un ensayo sobre una película sobre la Guerra Civil, por ejemplo, puede servir para argüir que la ruptura de la obra con el pacto de silencio señala un giro importante, no sólo en la producción cultural postfranquista, sino en toda la sociedad española. En estos argumentos en clave de excepción he visto operar tres subargumentos implícitos. Uno ubica la excepcionalidad en la creatividad o genio del autor de la novela, el director de la película, etc. Otro lo atribuye a las posibilidades que ofrece el texto literario, ficticio o cinematográfico como tal (posibilidades que no prestan, por ejemplo, un texto historiográfico o documental). Un argumento final atribuye el valor de la contribución menos a la obra bajo análisis que a la *lectura* —sofisticada, teorizada, original, a contracorriente— que realiza el propio crítico. (Faber 2014, 139)

El desafío, entonces, radica en la necesidad de, o bien, una teorización más sofisticada sobre esa relación entre productor cultural y sociedad; o bien, una base cuantitativa mucho más sólida que nos permita medir, por ejemplo, el impacto de una novela sobre la opinión pública, o sobre ciertas prácticas sociales o discursos políticos.

El segundo desafío que identifiqué es de carácter terminológico: me atreví a cuestionar si siempre resultan adecuados o útiles para la comprensión del caso español los términos teóricos —trauma, postmemoria— originalmente acuñados para comprender otros casos, en particular la memoria del Holocausto en Europa y las Américas. El tercer desafío que resalté es de índole más práctica. Si es verdad que a muchos de los que trabajamos sobre el tema de la memoria nos mueve, en parte, una solidaridad con las víctimas y sus descendientes y un deseo de que nuestra labor contribuya a mejorar una situación actual concebida como injusta, ¿cómo nos imaginamos realizar esa contribución si casi siempre nos limitamos a discursos y canales académicos, de difícil acceso, dudosa relevancia directa y pésima distribución? Si no siempre podemos dar por supuesto que un texto literario tenga un impacto social, mucho menos lo va tener un texto erudito *sobre* ese texto literario, redactado en castellano, inglés, alemán o —digamos— holandés.

El ensayo en que describí estos tres desafíos estaba pensado para provocar una reflexión disciplinaria que me parecía, y sigue pareciendo, necesaria y sana. Al mismo tiempo, cabe admitir que tal vez fui algo injusto en mi diagnóstico, o al menos parcial. En lo que sigue, por tanto, me propongo continuar, matizar y complementar esa reflexión anterior, identificando tres ejemplos que presentan modelos de trabajo más modestos pero quizá también más coherentes y

más acordes con las metodologías que, a pesar nuestro, siguen rigiendo mayoritariamente nuestra labor de pensamiento y análisis.

Hansen: La ficción como espacio de reflexión

Si a muchos nos ha costado —o no se nos ha ocurrido— teorizar debidamente la contribución de la literatura a un fenómeno social tan amplio y complejo como lo es la memoria colectiva de un pasado violento, esto no significa que no podamos movilizar nuestra pericia disciplinaria de forma más rigurosa. Lo demuestra Hans Lauge Hansen en un artículo de 2013, donde se propone analizar, muy concretamente, la evolución de la novela española de los últimos años en función del amplio interés social y político por el tema de la memoria de la República, la Guerra Civil y el franquismo. Lo que salva al trabajo de Hansen de las trampas metodológicas en que caen muchos otros es, en cierto sentido, la limitación de sus aspiraciones. Para empezar, circunscribe su argumento al campo novelesco. Así, en lugar de argüir que una o varias novelas pueden servir de ejemplo de cómo recuerda su pasado la sociedad española — en toda su enormidad informe—, se propone contribuir a la historia *literaria* mediante un enfoque en otros discursos y prácticas sociales *en relación con* los discursos literarios. Postula que la ficción narrativa ha servido como espacio de reflexión sobre el proceso de negociación entre discursos sociales diferentes que contribuyen a la creación de una memoria cultural en España. Al mismo tiempo, resiste decididamente la tentación de pronunciarse sobre la relevancia o el impacto de esa reflexión más allá de lo literario. He aquí su primer párrafo:

After decades of silence, Spanish society is now engaging in an intense public and political debate about the civil war, the post-war repression and the subsequent transition to democracy. Since the turn of the millennium, the number of publications giving voice to the victims and their sufferings has exploded within all genres, and narrative fiction has become one of the main sources of reflection upon the very process of negotiation between differing social discourses that is leading to the creation of a cultural memory in Spain. One hypothesis presented in this chapter is that the contemporary Spanish novel is creating a mimetic and self-conscious representation of this negotiation of cultural memory; a second hypothesis is that the strong engagement with the agenda of a popular movement that is

visible in the novels is affecting the very form of the predominant novelistic discourse. The chapter therefore explores how social dialogue has influenced the form of the novelistic discourse, giving way to a hybridized discourse that lies between autofiction, docufiction and historiographical metafiction, which I term the chronotope of the present past. (Hansen 88)

Nótese que Hansen articula con bastante precisión la relación entre los fenómenos sociales mayores y su objeto de estudio. Son aquéllos los que han dejado una impronta sobre ésta: tanto al nivel de contenido (la negociación sobre la memoria cultural se convierte en un tema prominente) como al nivel de forma (que se vuelve más híbrida). Es llamativo que Hansen no diga casi nada sobre una posible influencia inversa, que en efecto sería bastante más difícil de probar. Ahora bien, esto no quiere decir que el argumento de Hansen no parta de presupuestos implícitos. El principal de éstos es sin duda lo que podríamos llamar un axioma disciplinar: que un análisis erudito de textos literarios españoles y de su evolución formal y temática es, de por sí, una actividad interesante, relevante, digna de emprenderse dentro del marco de la investigación universitaria. (Vista desde el paradigma de los estudios culturales, esta premisa cabe caracterizarse como relativamente tradicional.) No obstante, el contexto en que Hansen ubica los textos literarios es amplio, y una buena parte de su ensayo está dedicado a un análisis descriptivo de las complejas dinámicas sociales, políticas y discursivas en torno a la memoria de la Guerra Civil. Eso sí: en última instancia ese contexto sirve para mejor comprender y evaluar los textos literarios que nunca dejan de estar en el centro de su punto de mira como crítico. De ahí también que la conclusión del ensayo sea relativamente vaga:

Whereas the civil war novel of the 1980s and early 1990s was characterized by making mimesis of individual memory processes, since the turn of the millennium the contemporary novel has been characterized by [the] mimesis of the social processes of cultural memory construction. In this sense, the contemporary memory novel offers itself as a space for society's reflection and self-reflection upon the processes of cultural memory and identity construction. (117)

La constatación de que la novela “se ofrece como espacio” plantea una pregunta que —a mi manera de ver— la crítica literaria no es capaz de contestar adecuadamente: ¿Hasta qué punto la sociedad española ha podido o querido aprovechar esa oferta de reflexión de parte de sus novelistas?

Gómez López-Quiñones: La ficción como consumo y compensación

Veamos otro ejemplo. En *La guerra persistente* (2006), Antonio Gómez López-Quiñones se ocupa de unas dieciséis novelas y películas producidas entre finales de los años noventa y la primera década del siglo XXI. El libro es ambicioso no sólo en cuanto a la cantidad de obras que analiza, sino en lo que respecta a los temas abordados: historia, memoria, violencia, utopía. Así como el trabajo de Hansen, se trata de un proyecto emprendido desde una lógica disciplinar según la cual el interés inherente de la novela y cine españoles justifica su análisis académico. Lo que en este caso salva el proyecto de la ambición excesiva señalada arriba —o, mejor dicho, del desajuste entre la ambición argumentativa, por un lado, y la *cantidad* y el *tipo* de material primario aducido como evidencia, por otro— es el hecho de que Gómez insiste, desde el principio, en limitar su enfoque a un análisis de tendencias y actitudes entre la *intelligentsia* española. El resurgir de la Guerra Civil como tema central, y el modo en que resurge, son, para él, síntomas de cambios en la forma en que *los escritores y directores* conciben el pasado nacional, cambios que a su vez —arguye— responden a “cierto malestar” (11) en ese grupo en torno a la identidad nacional. La pregunta central que se plantea Gómez —“¿por qué a mediados de los años noventa la Guerra Civil se convierte en un eje del mercado editorial, cinematográfico y cultural español?”— cabe verla en función de este enfoque limitado. Y es también desde este marco que Gómez expande su visión para abarcar un paisaje social y político más amplio. Así, por ejemplo, concibe sus objetos de análisis como artículos de consumo que, en parte, responden a demandas de mercado (la Guerra Civil “ha logrado cierta popularidad... porque resulta rentable para una industria cultural como la española” (14)) y que se relacionan con otros discursos públicos como la historiografía, el periodismo y la política. También le interesa articular la relación entre los discursos ficticios o creativos y los discursos de no ficción (periodismo, historiografía no académica, historiografía académica).

Este punto de partida le permite a Gómez relativizar, desde el comienzo, el posible impacto de obras literarias y cinemáticas sobre la sociedad española en general. También le permite analizar de forma aguda qué *función* desempeña la Guerra Civil como tema dentro de la economía afectiva de los productores

culturales, una función que se caracteriza como, en parte, compensatoria. “La Guerra Civil”, escribe, “sirve [...] como un territorio del imaginario nacional que presenta no pocos atractivos morales y éticos”: si los personajes en novelas de Javier Cercas, Rosa Montero, Manuel Rivas y otros emprenden un viaje hacia el pasado “para completar vacíos o solventar incoherencias que dificultan o desfiguran sus identidades”, una dinámica muy similar opera al nivel de los autores, para quienes el pasado reciente como tema —concebido “en una clave [...] nostálgica y utópica”— se convierte en un elemento indispensable para orientarse, política y éticamente, en un presente experimentado como más pobre y superficial que ese pasado (32).

Es interesante notar que la conclusión de Gómez López-Quiñones es más ambiciosa que la de Hansen. Si Hansen constataba, simplemente, un deseo de parte de la literatura de ofrecerse como espacio de reflexión en torno a la memoria histórica, Gómez argumenta que la ficción tiene un importante potencial en este sentido, y puede cumplir un papel al menos tan significativo como otros medios discursivos y culturales: “los géneros ficcionales”, escribe, “no tienen por qué reducir su grado de complejidad intelectual frente a la historiografía o al ensayo”. Por tanto no tiene sentido establecer “una relación epistemológicamente jerarquizada” entre géneros y autores no ficticios (periodísticos o académicos) y géneros de ficción. Además, arguye Gómez, “los géneros ficcionales (especialmente los largometrajes cinematográficos) tienen una enorme influencia en el imaginario público y popular que una nación forja sobre su propio pasado”. Gómez resiste la tentación de cuantificar esa influencia; como hemos argüido antes, es una tarea para la cual, en el fondo, no basta la metodología humanística. Pero Gómez sí aprovecha la oportunidad para romper una lanza a favor de una práctica literaria responsable y comprometida: “Constituiría un error estratégico renunciar, de antemano, a crear una novelística o una filmografía cognoscitivamente complejas y matizadas sobre la Guerra Civil” —una práctica artística que además, dentro del paisaje político actual, puede implicar “la reivindicación del contenido utópico de la Segunda República”. Eso sí, para tener un impacto político real, esas representaciones del pasado en cine o novela tendrán que resistir la tentación de construir un pasado empalagosamente idealizado, con los “filos [...] limados en favor de un territorio orgánico de virtudes eternas con el que nadie, ni siquiera la derecha, puede estar en desacuerdo (es difícil estar en desacuerdo con una arcadia). Un territorio que, por consiguiente, tampoco supone una amenaza ni un reto para nadie” (283).

Labrador: La poesía como resistencia

Como tercer ejemplo quiero traer a colación el trabajo de Germán Labrador Méndez. Así como Hansen y López-Quiñones, a Labrador le interesa la literatura como tal, en particular la poesía, a la que atribuye un importante potencial político en determinados contextos y momentos históricos. Ese potencial, sin embargo, no lo presupone como algo dado (lo que significaría recaer en la falacia señalada arriba). Al contrario, Labrador se propone, precisamente, *teorizar* ese potencial en función de determinados contextos políticos, sociales e históricos, como por ejemplo los años de la transición (tema de su brillante estudio *Letras arrebatadas*) o de la inmediata posguerra. En relación a la posguerra, quiero considerar con algún detalle un artículo reciente suyo, “Poets of the Dead Society,” en que reflexiona sobre la presencia — oculta, indirecta, alegorizada — de la represión y de la guerra en cierta poesía escrita — aunque no siempre publicada — en la España de los años cuarenta.

Así como muchos de los trabajos que hemos visto, el ensayo de Labrador abre con un inventario panorámico de la situación social y política de la España de principios del siglo XXI. Describe el impacto en la esfera política de la demanda cívica por una “recuperación de la memoria histórica”, además de las diferentes respuestas ante estas dinámicas de las clases intelectuales y universitarias. A Labrador le interesa, en particular, desgranar el significado que cobran las exhumaciones de víctimas de la guerra civil dentro de lo que se podría denominar la *economía figurativa* de la España franquista y postfranquista. Las exhumaciones, además de constituir una práctica determinada (una labor o actividad concreta) también se presentan e interpretan a través de marcos metafóricos que, como tales, son susceptibles a un análisis humanístico inspirado en los estudios literarios. “[D]esde el inicio”, escribe Labrador, “el problema de las exhumaciones es el problema de su estética: el de cómo presentarlas como un acontecimiento nunca visto”:

[S]i en la narrativa de la exhumación se percibía como una cuestión central su carácter inédito (el de ser un acontecimiento sin precedentes), una necesidad no menos imperiosa obligaba a expresar su novedad en unos términos estéticos que, sin embargo, las hiciesen inmediatamente comprensibles para un público masivo. Del mismo modo que, desde un principio, las demandas de los grupos españoles *pro memoria* se expresan en el marco transnacional de los derechos humanos y la justicia transicional, su estética (primeros planos de huesos y calaveras) va a convocar los tratamientos del fotoperiodismo en los genocidios su-

cedidos en otros países, o, directamente, el imaginario del Holocausto. El primer efecto de este tratamiento resulta en el extrañamiento político del propio pasado (*parecía que estábamos en España pero, en realidad, viendo estas imágenes, es como si estuviésemos en Bosnia, en Uganda o en Camboya*). (“Poets” 5) [énfasis del autor]

Esta novedad, sin embargo, es engañosa: en realidad las fosas han existido desde la guerra. Por tanto, dice Labrador, “cuentan con su propia historia cultural”: “Entre el tiempo de su creación y el de su exhumación, estas fosas habrían conocido otras formas de ser representadas públicamente, que no se incorporan a la temporalidad de la *memoria histórica*” (7). Es esta historia cultural la que se propone trazar y analizar Labrador, arguyendo que la poesía —en particular la poesía de posguerra— surgió como lugar privilegiado para representar las fosas y darles significado. Es en los versos de Luis Pimentel y José Luis Hidalgo, por ejemplo, donde “fosas, exhumaciones y recuperación se convierten en conceptos operativos, documentables en fechas tan tempranas como la década de 1940” (17).

Labrador no da por supuesto que la poesía constituya un medio privilegiado que puede ser leído, sin más, como representación de dinámicas políticas o sociales. Todo lo contrario: su argumento se concentra en demostrar cómo y por qué *cierta* poesía de posguerra cabe leerse en esa clave; cómo y por qué la escritura poética de la España franquista se convierte en “un territorio de experimentación y resistencia” (25); y cómo y por qué algunos poetas convierten su obra en “una suerte de *contrarrelato* subalterno [...] frente a los trabajos del estado por monumentalizar la *pax militar*” (28). “Mi hipótesis”, escribe Labrador,

[...] es que las continuidades en la imagería y en las estrategias poéticas de los poemas de las fosas se deriva[n] de la posible relación que mantiene la comunidad imaginaria de los supervivientes republicanos con la experiencia y con la memoria de la muerte masiva de la guerra civil y de la represión, y con sus consecuencias en el largo plazo. (24)

No cabe duda que este ensayo de Labrador sólo lo podría haber escrito un crítico literario; los versos nunca dejan de ser su objeto de análisis central y su armazón conceptual es fundamentalmente humanista. Y sin embargo, el ensayo moviliza la pericia disciplinaria del autor para intervenir en debates que trascienden ese límite disciplinario. En su nivel más inmediato, propone una revisión a fondo del relato maestro de la historia de la poesía española de la segunda mitad del siglo XX. Pero esta revisión, al demostrar la centralidad de

la poesía en los años de la posguerra, acaba por redefinir la historia *cultural y política* de España desde el final de la Guerra Civil. Hacia el final de su ensayo, Labrador identifica su compromiso con la lucha ciudadana por la recuperación de la memoria histórica, indicando que su propio trabajo —su “exhumación” de una genealogía literaria en torno a las fosas comunes— pretende “ofrecer a los movimientos de recuperación de memoria el extraordinario capital cultural de una tradición poética antiautoritaria sin dueño”, “un archivo cultural hasta ahora mudo” (38).

¿Para quién y para qué escribimos?

Como he venido arguyendo, a los críticos culturales que trabajamos sobre la memoria histórica del siglo XX español desde un compromiso social y con voluntad de intervención nos incumbe aclarar dos series de preguntas. Primero: ¿cuál es el lugar, la importancia relativa, de los textos literarios o fílmicos que analizamos dentro de los procesos de memoria más generales? ¿Cómo complementan, e interactúan con, otras prácticas y discursos en torno al pasado? ¿Hasta qué punto son representativos o sintomáticos de tendencias más generales, y en qué formas contribuyen a generar o modificar esas tendencias? Segundo: ¿Cuál es el propósito de nuestros análisis de esos textos? ¿Para quién los producimos? ¿Hasta qué punto contribuyen al campo interdisciplinario de los estudios de la memoria españoles, en diálogo con los antropólogos, historiadores, filósofos, arqueólogos y politólogos? ¿Y hasta qué punto es posible pretender que nuestros análisis académicos satisfagan una voluntad de intervención social o política? Aclarar la primera serie de preguntas es un deber teórico; no hacerlo sería faltar al rigor intelectual. Aclarar la segunda serie de preguntas es una tarea más pragmática, política e institucional. En cierto modo es más compleja que la primera.

Por más trascendente y actual que quiera ser la intervención de Labrador, por ejemplo, la realidad es que se produce en un ensayo académico de casi 50 páginas, en un medio y lenguaje de difícil acceso y distribución limitada. (Aunque he venido citando el texto en su original español, está previsto que se publique en inglés, en un libro cuyo precio rondará los 100 dólares.) Los tra-

bajos de Hansen y Gómez López-Quiñones también se insertan en un ámbito estrechamente académico y disciplinario cuya posibilidad de transcendencia es muy limitada. Como he intentado argumentar, los trabajos de los tres son de una gran coherencia intelectual en cuanto que no *presuponen* sino que *teorizan* la relevancia de textos literarios y filmicos para los procesos de la memoria españoles.

Lo que sigue sin resolverse, sin embargo, es el problema del propósito y el público del tipo de análisis que emprenden. Es un problema que no se limita a los estudios de la memoria, sino que afecta a un segmento mucho mayor de la crítica cultural universitaria. Por un lado, la multiplicación de objetos de análisis y aproximaciones teóricas ha erosionado la noción de la práctica universitaria humanista como empresa colectiva. Como escribe Resina:

A cursory look at the publications of the last two decades suggests that scholars no longer work cumulatively, adding their reflections to those of their predecessors, thereby revising them through some kind of method. The scholar's patience has given way to a pretense of originality among the latest newcomers that is in fact cultivated ignorance, or the borrowed splendor of references culled from alien endeavors, as if such "shoulder rubbing" was the mark of similar achievement. [...] [I]n fact the heady mix of interdisciplinarity with presentism typically results in a scholarship of "faits divers" that passes for erudition only in a context of academic degradation. (2013, 267)

Por otro lado, la idea de que el trabajo humanístico universitario se nutre de un compromiso social, político o ético —noción central en los estudios culturales— no se compagina nada bien con prácticas e ideologías institucionales que asocian la "calidad" del trabajo intelectual con su nivel de especialización; prácticas e ideologías que, por otra parte, han salido reforzadas por la racionalización neoliberal de las universidades, la economía del prestigio y el auge de las evaluaciones cuantitativas de la labor académica. Dadas estas circunstancias, las tres preguntas que, a mi modo de ver, nos incumbe considerar con urgencia —y que, una vez aclaradas, podrían formar la base de un plan de reforma institucional— son las siguientes. Primero: ¿Cuál es el tipo de conocimiento que, como intelectuales de orientación humanística, pretendemos producir, y para qué fin? Segundo: dado el tipo conocimiento que pretendemos producir, y los fines para los que lo producimos, ¿es indispensable recurrir a medios y discursos tan especializados que limitan su público a un pequeño círculo de colegas disciplinarios? Tercero: incluso si resultara necesario recurrir a cierto nivel de especialización —cosa que está por demostrar—, ¿nos

podemos permitir —no sólo como miembros de una comunidad universitaria y sino también como ciudadanos— *limitarnos* a producir discursos especializados?

Obras citadas

- Aguilar Fernández, Paloma. *Memory and Amnesia: The Role of the Spanish Civil War in the Transition to Democracy*. New York: Berghahn Books, 2002.
- Encarnación, Omar G. *Democracy without Justice in Spain: The Politics of Forgetting*. Philadelphia: University of Pennsylvania Press, 2014.
- Faber, Sebastiaan. "Actos afiliativos y postmemoria: Asuntos pendientes." *Pasavento. Revista de Estudios Hispánicos* 2.1 (2014): 137-156. Web. 1 de mayo de 2014.
- . "Economies of Prestige: The Place of Iberian Studies in the American University." *Hispanic Research Journal* 9.1 (2008): 7-32.
- Ferrándiz, Francisco. "Exhuming the Defeated: Civil War Mass Graves in 21st-Century Spain." *American Ethnologist* 40.1 (2013): 38-54.
- . *El pasado bajo tierra. Exhumaciones contemporáneas de la Guerra Civil*. Barcelona: Anthropos, 2014.
- Golob, Stephanie R. "Volver: The Return of/to Transitional Justice Politics in Spain." *Journal of Spanish Cultural Studies* 9.2 (2008): 127-141.
- Gómez López-Quiñones, Antonio. *La Guerra Persistente. Memoria, Violencia y Utopía: Representaciones Contemporáneas de la Guerra Civil Española*. Madrid, Frankfurt a. M.: Iberoamericana/Vervuert, 2006.
- Graham, Helen. *The War and its Shadow: Spain's Civil War in Europe's Long Twentieth Century*. Brighton, Sussex: Academic Press, 2012.
- Hansen, Hans Lauge. "Auto-Reflection on the Processes of Cultural Re-Memoration in the Contemporary Spanish Memory Novel." *War: Global Assessment, Public Attitudes and Psychosocial Effects*. White, Nathan R. (ed.). New York: Nova Science, 2013, 87-122.
- Labrador Méndez, Germán. "Poets of the Dead Society. The Cultural History of the Francoist Mass Graves in the Poetical Archive before Democracy

- and its Effects Today in the Spanish Debates on Historical Memory.” *Legacies of Violence in Contemporary Spain: Legal, Political and Cultural Implication of Franco’s Mass Graves*. Ofelia Ferrán and Lisa Hilbink (ed.). 47 pp. [Manuscrito].
- Mate, Reyes. “From History and Memory—and Back: Factuality, Knowledge, and Morality.” *The Holocaust in Spanish Memory: Historical Perceptions and Cultural Discourse*. Antonio López Gómez-Quiñones and Susanne Zepp (eds.). Leipzig: Leipziger Universitätsverlag, 2010, 15-30.
- . *Justicia de las víctimas. Terrorismo, memoria, reconciliación*, Barcelona: Anthropos, 2008.
- Moraña, Mabel. “Introduction: Mapping Hispanism.” *Ideologies of Hispanism*. Mabel Moraña (ed.). Nashville: Vanderbilt UP, 2005, ix-xxi.
- Renshaw, Layla. *Exhuming Loss: Memory, Materiality and Mass Graves of the Spanish Civil War*. Walnut Creek: Left Coast Press, 2011.
- Resina, Joan Ramon. “Whose Hispanism? Cultural Trauma, Disciplined Memory, and Symbolic Dominance.” *Ideologies of Hispanism*. Mabel Moraña (ed.). Nashville: Vanderbilt UP, 2005. 160-186.
- . “Epilogue: Transatlantic Hispanism or Ibero-Atlancism?” *Theorising the Ibero-American Atlantic*. Harald E. Braun and Lisa Vollendorf (eds.). Leiden: Brill, 2013, 265-72.
- Rubin, Jonah S. “Transitional Justice against the State: Lessons from Spanish Civil Society-Led Forensic Exhumations.” *The International Journal of Transitional Justice* 8.1 (2014): 99-120.